



Palabras del Presidente de la República Enrique Bolaños Geyer

Inauguración de la Semana Dariana

1 de febrero de 2002.



En el nombre de Dios y de Nicaragua, me complace inaugurar con los más vivos sentimientos de orgullo nacional, la Semana Dariana.

Desde el año 1967 hemos consagrado esta semana para honrar la memoria del más alto exponente de la nicaraguanidad, nuestro insigne Poeta Rubén Darío.

Ese nombre que pronuncian con respeto y admiración en todas las naciones, por su genio, la majestad de su verso y su obra renovadora.

Nicaragua se enorgullece de ser la tierra natal de uno de los más grandes poetas de habla hispana de todos los tiempos.

Ese nicaragüense de cuna humilde nacido en la antigua Villa de Metapa hace 135 años, universalizó a nuestro país.

En todo el mundo se asocia Nicaragua con Rubén Darío, el autor de Azul, de Prosas Profanas, de Cantos de Vida y Esperanza.

Es esa voz continental y telúrica que causó espasmo y asombro en el mundo, no por los brillos de una espada, sino por la supremacía de la palabra.

Darío, y no un héroe militar, ha sido y seguirá siendo nuestra principal credencial, que nos identifica por doquiera que vayamos.

Rubén Darío es Nicaragua hecha palabras. Somos nosotros mismos hechos palabra.

Es nuestra propia vida traducida al verso ardiente y elegante.

Darío es a Nicaragua, lo que Homero a los griegos, Virgilio a Italia, Cervantes a España o Whitman a los Estados Unidos.

Darío, más que cualquier otro personaje de nuestra historia, nos enseñó a valorar lo nuestro, a volver la mirada hacia lo nicaragüense y americano.

Pese a haber escalado las cumbres más altas de la gloria, jamás vio pequeña a su patria. “Si la patria es pequeña, Uno grande la sueña”, nos decía Darío en su poesía llena de amor por Nicaragua.

Inauguramos esta primera Jornada Dariana en mi gobierno, a escasos días de haber iniciado nuestra gestión.

Por ello considero propicio reiterar ante la nación, que vamos a forjar una nueva Nicaragua basada en nuestros valores cívicos, morales y culturales.

Recordemos que Darío no sólo fue el creador de una obra estética, sino también de un legado moral, de amor patrio y sublime.

Los nicaragüenses debemos encontrar en la grandeza de Darío, una veta inagotable de integración nacional.

Para que esa grandeza sea más poderosa que cualquiera de las fuerzas que han emergido a través de nuestra historia.

Para darnos la fuerza entre los funestos resplandores de las tragedias que hemos padecido a lo largo de nuestra vida republicana.

Al mismo tiempo, todos los nicaragüenses, y en especial los educadores, debemos encontrar en Darío un factor clave que le de coherencia a la cultura nacional.

No sólo por el mérito intrínseco de haber producido una obra preclara; no sólo por la magia de su arte genial.

La vasta riqueza de conocimientos y de enseñanzas que Darío aporta, es un luminoso ejemplo de superación.

Darío, barro, sangre y fulgor de nuestra tierra, es una la lección viva de civilidad y de amor a Nicaragua.

Con su genio poético, “oceánico y navegante” como lo definió el laureado español Juan Ramón Jiménez.

Darío fue capaz de hacer toda una revolución literaria y cultural sin más poderío que el de la palabra.

Darío inspira la Nueva Era que debemos impulsar en nuestra Nicaragua. Y necesitamos su sabiduría para profundizar la restauración moral de nuestra nación y el rescate de nuestros valores y virtudes cívicas.

Nunca es más necesario que ahora, retomar a Darío y nutrirnos de su luminoso legado humanista.

Ese que con voz profética nos llama a cada nicaragüense a “llenarnos de un santo optimismo” ante los nuevos retos. Darío nos enseña que “La virtud está en ser tranquilo y fuerte”.

Sin demora alguna debemos procurar la “*Unión para que cesen las tempestades; / para que venga el tiempo de las verdades*” y así emerja una nueva Nicaragua.

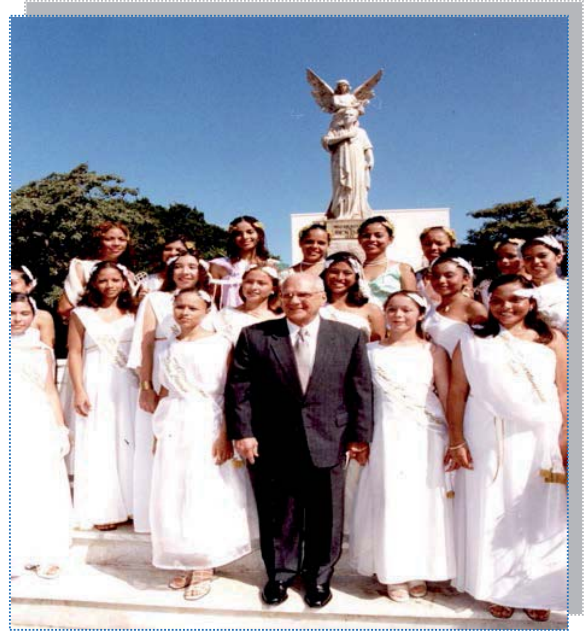
Obviamente que no podríamos alcanzar ese caro anhelo de tener una mejor Nicaragua, sin educación, sin cultura y sin valores morales y éticos.

No podemos tener una nación civilista, de diálogo y concordia, que garantice la paz y la democracia, si no es promoviendo en cada nicaragüense, lo mejor de nuestros valores, cuya más alta expresión es, justamente, Rubén Darío.

Ese Darío pedagogo, que sostiene que “un maestro de seco corazón no puede ejercer el magisterio, ni podrá ejercerlo tampoco si careciese de otras virtudes cardinales como el entusiasmo y la virtud pura”.

¿Y dónde adquirió Darío la base de su formación?

No fue en Argentina, ni en España o en Francia, sino que fue aquí, en su Nicaragua natal.



Fue en Nicaragua donde obtuvo la educación indispensable que le sirvió de cimiento a su asombrosa obra literaria.

Fue al lado de su tía abuela Bernarda, en la escuelita elemental y primaria.

Se alimentó de su relación con los jesuitas, con el notable profesor José Leonard; en la Biblioteca Nacional; en el círculo de sus amigos y protectores, Modesto Barrios y Antonio Aragón, entre otros.

Y es que, como dijera Ernesto Mejía Sánchez, “*Nicaragua tuvo una vez un poeta y, en cierta medida, también supo educarlo*”.

No deseo concluir mi intervención, sin antes aprovechar esta ocasión, para expresar mi saludo a todas aquellos que han consagrado su vida al estudio y promoción de Darío

Mi reconocimiento especial a aquellos educadores que enseñan sobre Rubén a nuestra niñez en el aula de clase.

Mi felicitación a los distintos sectores y mecenas de nuestra sociedad que contribuyen a preservar su obra y a los divulgadores y hombres de prensa, que lo promueven en los medios de comunicación.

Que Dios bendiga a Nicaragua.

Muchas Gracias.